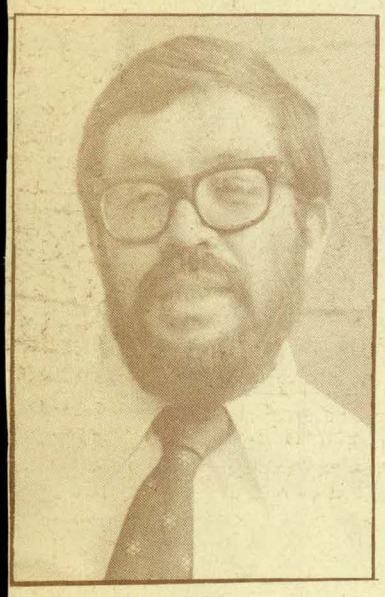
A modo de balance: el

Dic-1982

Maleficio De 1982

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



El colapso que México padeció en el muy largo año que ahora termina, y cuyo balance es obligado intentar, contará entre los hitos más perdurables y recordados de nuestra historia. Año semejante al de 1847, en que nuestro suelo fue humillado y cercenado; año como el de 1862 que señaló el comienzo de la intervención francesa; año parecido al de 1884, pleno de pobrezas, latrocinios públicos y descontento popular; como los años de hambre que causaron nuestras revoluciones, sin que ahora sea ese el efecto.

Aunque todavía se nos anuncia peor el próximo, este año es el de la generación de la crisis, el de los primeros sobresaltos el de los desconciertos iniciales, el de la negativa persistente en muchos espíritus a reconocer que estamos frente a circunstancias desconocidas, no porque ignoremos lo que es la pobreza, sino porque habíamos intentado olvidarla y hacer como que no existía.

El miércoles 17 de febrero, por la mañana, el dólar se cotizó en billetes a 27.01 a la venta y a 26.51 a la compra. Once meses después, el 23 de diciembre, estaba a 148.50 a la compra y a 150 pesos a la venta, en el mercado libre. La peseta española, por mucho tiempo timbre comparativo de orgullo para nuestro machismo monetario, que llegó a costar quince centavos de peso, estaba en estas fechas a 1.18. Ya vale más que nuestro peso. Esa devaluación ha sido, como es obvio, la más acelerada y la mayor de nuestra historia, desde que el peso estaba en los años veinte a la par que el dólar. Tiempos hubo también en que se nos llenaba la boca de orgullo al decir que estábamos a la par con Londres, con la libra esterlina. Pero esas épocas pasaron ya. En este estremecedor 1982, el peso perdió más de cinco veces su valor frente al dólar.

Entre febrero y diciembre, toda una historia tuvo lugar. Sus principales episodios parecieron llevarnos cada vez más a niveles a los que creíamos imposible arribar. También asistimos a decisiones en el orden económico que eran impensables, con tal de poner coto a una crisis que se resiste a los manejos gubernamentales, por sobre los cuales ha triunfado.

Sucesivas devaluaciones, ir y venir en el mecanismo de control de cambios, la nacionalización bancaria ahora en revisión, y el exacervamiento de nuestras dificultades financieras internacionales fueron algunas de las características de la macroeconomía. Pero la que más es perceptible para el ciudadano común es la inflación. Este año será también recordado por la ruptura de todos los records mexicanos en esta materia. Es seguro que llagaremos al ciento por ciento en la tasa inflacionaria, los tres dígitos tan temidos por los operadores de la economía.

La carestía abruma a los consumidores. Los precios de casi todo se han incrementado, por buenas y por malas razones. Es verdad que han subido los costos, y ello se refleja necesariamente en los precios. Es verdad que las importaciones encarecidas por las devaluaciones repercuten también en los productos mexicanos a los que están vinculadas. Pero 1982 será recordado sobre todo, en ese terreno, como el año de la especulación. La de los precios tiene su expresión más burda, visible, cínica, en la reetiquetación. A veces amparados en las sombras nocturnas, en ocasiones con descaro frente al público, los comerciantes de los grandes establecimientos (y arrastrando con ello a los del pequeño comercio) reetiquetan de tanto en sus productos. Con ello, se colocan a salvo del deterioro en sus ganancias que la crisis debiera producir, pero la empeoran. La mayor parte de ellos pareciera protagonizar el cuento en que un viejo maestro de matemáticas reencuentra a su alumno **El pistache**, famoso por su incompetencia en todo lo que concerniera a los números. Por lo visto no le había hecho falta aprenderlos, pensó el profesor cuando lo vio pletórico de señales de prosperidad al uso: enorme automóvil, traje que gritaba su precio, esclava de oro con su nombre en la muñeca, mientras que el Rolex dorado se proclamaba en su izquierda. ¿A qué te dedicas?, preguntó el anciano al antiguo alumno. Compro y vendo manzanas, respondió el aritmético inepto: compro a cien, vendo a doscientos y con ese dos por ciento ahí la voy llevando.

Bromas aparte, la inflación, las tasas bancarias abultadas, disminuidas durante tres meses y vueltas a lanzar hacia arriba en diciembre, y la devaluación, han provocado cierre de empresas o disminución de operaciones y creado por consiguiente un enorme problema de desempleo. Según cifras oficiales, que seguramente están por debajo de las reales, ya que nuestros sistemas de registro si bien progresaron no lo hicieron en la amplia medida necesaria, dos millones de personas están desempleadas. Por primera vez en la historia reciente, un número significativo de esas personas había tenido ya acceso al mercado de trabajo y lo perdió después, justo en este año en que un maleficio pareciera habernos tocado.

En lo político, este año presenció también el deterioro mayor de la credibilidad gubernamental que jamás se haya visto. Durante los primeros meses, los funcionarios a pesar de tener la crisis encima siguieron diciendo que carecía de importancia. En junio, el Secretario de Hacienda anunció que la tenía bajo control. En agosto, dijo que era un problema de liquidez, no estructural. Casi sólo de caja, fue capaz de puntualizar. En diciembre, en cambio, él mismo, el propio Presidente de la República y otros funcionarios aseguran que estamos en el desastre, y pintan el país con tan negro realismo como fueron incapaces de trazarlo los más ominosos catastrofistas del pasado.

El presidente López Portillo, en su último año de gobierno, no obstante la gravedad de la crisis que desde febrero cayó sobre nosotros, pareció retirado del gobierno. Retomó el poder presidencial un día, el primero de septiembre, cuando expropió los bancos y estableció el control generalizado de cambios. Ambas medidas fueron aprobadas casi universalmente, pero la etapa de rectificaciones en que diciembre nos introdujo sostiene la tesis de que fueron disposiciones atroces, que beneficiaron sólo a las trasnacionales e hicieron perder a la banca sus activos de toda una vida de sacrificios y desvelos de banqueros a los que se vuelve a ver como si fueran apóstoles de la solidaridad y no propiciadores del drenaje de nuestra economía hacia el exterior.

También fue este el año de la primera elección presidencial competida entre siete candidatos, incluida por primera vez una mujer. No se podrá decir que fue este el año, también, de la erradicación del fraude electoral. Especialmente deficiente, o de mala índole, fue el manejo de las cifras. Pero salvo el PAN nadie puso en duda el triunfo del ahora presidente De la Madrid. Éste es también el año de su asunción al gobierno, tan intensa que en menos de un mes agotó ya el plazo de gracia que suele concederse a los gobernantes y está ya, frente a una crisis cada vez más aguda, encarado con intereses de distinto rango y naturaleza.

Un autor, George Orwell, advirtió, en ficción literaria, contra los riesgos de 1984. En algún sentido, nos le adelantamos en 1982.